hierófoba. Y decia esto, á propósito, no de esas escenas de violencia y de ultraje que todavía espantan á nuestras ciudades, ó de esos feroces ahullidos de los periódicos radicales contra el sacerdote, sino á propósito de los discursos pronunciados en la tribuna nacional en una grave discusion por dos representantes, uno de los cuales era precisamente uno de esos pastores que, bajo la Commune, habian tenido por lo menos el tacto de interceder en favor de nuestros sacerdotes encarcelados.

Sí, nuestra época es *hierófoba*; y esto es un signo antisocial. Porque, insisto en hacerlo notar, lo que se odia en el sacerdote, lo que le vale ese ostracismo y esa proscripcion que propenden, aun entre los revolucionarios moderados, á hacerle desaparecer de todas partes, es que representa, que lleva en sí mismo, no solamente la fé enteramente íntegra, sino el derecho, la justicia, el respeto, el deber, el patriotismo, la abnegacion, la libertad: todos los elementos sociales destruidos ó minados por do quiera, y resistiendo todavía en él solo: es que constituye la *fuerza represiva espiritual* de la sociedad y su última muralla, y que él solo sabe hablar, obrar, padecer, y morir por ella.

De tal suerte, que puede decirse, que el odio del sacerdote es el termómetro exacto del peligro social y que, segun sube ó desciende aquel, se aumenta ó disminuye este peligro.

«Los pueblos que no tienen sacerdotes son comunmente bárbaros,» ha hecho observar con suma exactitud el autor del *Espíritu de las leyes*. ¿Qué debe pensarse pues de los que, sacados de la barbarie por sacerdotes, tales como los nuestros, se hallan dominados contra ellos

de un odio mortal? ¿Qué viene á ser un mundo que proscribe ó deja proscribir al supremo sacerdote en su tipo mas admirable y en quien brilla esa solidaridad que he indicado existir entre el sacerdote y la sociedad? ¿Qué puede esperarse de una sociedad que desde la alta posicion de hija primogénita de la Iglesia, se precipita en la Commune y se hace, en cuanto puede, no solamente *hierófoba*, sino *teófoba?* ¿No es esta una sociedad que se odia á sí misma, y que como el Ayax *furioso* de la tragedia antigua, se entrega á los Euménides por haber despreciado á los dioses, y vuelve contra su seno la espada que no quiere deber á su poder?

No disguste á los que en una época de crisis suprema para la Francia y para la Europa, no querrian ver que se daba á las cuestiones tales proporciones: pues esto constituye *la órden del dia*. La cuestion revolucionaria ha llegado á ser actualmente en primer término y para la Revolucion una cuestion de religion, la de la religion misma. La cuestion social se halla enteramente empeñada en la cuestion divina. He aquí lo que voy á demostrar, al examinar esta cuestion social, no ya en sus síntomas, sino en sí misma y en su fondo.

VI.

LA CUESTION SOCIAL.

La sociedad contiende en el dia con todo aquello cuya razon de ser no advierte. Asi pues, la sociedad no vé, no encuentra ya en si la razon de ser; y por esto contiende con todo y se subleva desde sus cimientos hasta su cúpula.

¿Y porqué no ve ya la razon de nada?

¿Es porque siendo Dios la razon de las cosas, las cosas humanas aparecen sin razon á quien ha perdido la idea de Dios?

Asi debe ser, sobre todo, respecto de una sociedad educada en la escuela del cristianismo el cual, ensanchando ó dilatando la razon humana con todas las verdades con que la ha enriquecido, ha aumentado inmensamente la capacidad de su exigencia, cuando han venido á faltar estas verdades.

La sociedad cristiana estaba formada y se habia desarrollado sobre un plan y conforme á uno de los sistemas mas brillantes y al mismo tiempo mas exactos. Todo en la vida humana y social tenia en ella su lugar, su razon, su ley, su peso y su contrapeso. Venia á ser como un maravilloso mecanismo donde el eje, los resortes, las palancas, el rodaje, concurrian al juego ó movimiento mas regular y mas determinado. Sin duda que encontraba muchos obstáculos en las infracciones humanas, y que parecian desmentirle grandes desórdenes; pero estas infracciones y estos desórdenes mismos eran previstos y corregidos por una economía de sanciones y de compensaciones ulteriores que les hacian dirigirse al fin general, admitiéndose el sistema tal cual era.

En el dia, habiéndose desmontado y descompuesto este sistema, sus piezas no se corresponden unas con otras. Desechada la pieza principal, la sociedad no camina ya. Y no obstante, necesitando andar la sociedad, anda como la razon en el cerebro de un loco, al revés que ella misma.

Para demostrarlo claramente, permítaseme una corta esposicion de principios.

La sociedad humana es una combinacion de deberes y de derechos. Anda y rueda enteramente, como sobre sus dos polos, sobre la duple nocion, sobre la duple conviccion del *deber* y del *mérito;* el deber que obliga, el mérito que paga. Suprímase el deber y la vida humana no es mas que un bandolerismo; suprímase el mérito, y no es mas que un engaño. Estas dos cosas deben equilibrarse. Se merece á proporcion que se cumple con un deber; viene á ser esto como el *Debe* y *Haber* del gran libro de nuestros destinos.

Debiendo sostener estos dos puntos de apoyo todo el peso de la vida humana, son independientes en sus fluctuaciones; el deber existe *por* sí, el mérito existe *por* sí, absolutos en el foro interno de la conciencia humana, la cual recibe tambien de ellos su fijeza contra todo lo que es propio para conmoverla.

Por esto el principio del deber y el objeto del mérito deben hallarse en lo absoluto, y en su consecuencia y necesariamente, fuera de este mundo,

¿Qué es pues en efecto, el deber? El *deber*, dice Julio Simon en su libro sobre este asunto, *es Dios*. ¿Y que es el mérito? *Merecer es esperar*, dice perfectamente Séneca, iluminado por un rayo de cristianismo. *Quisquis meruit espectat*. (1) En una palabra, Dios, justicia obligatoria, hé aquí el principio del deber; ¡Dios, justicia remuneratoria, hé aquí el fin del mérito! principio que se halla sobre este mundo, fin mas allá de este mundo.

Y esta misma justicia que tiene su sede necesaria en lo absoluto, siendo á un tiempo mismo recompensa del

(1) *Expecto vitam venturi sæculi*, decimos nosotros con nuestro gran símbolo.

mérito y sancion del deber, verifica en este mundo mismo por medio de su espectativa ó de su aplicacion inmediata, el mayor órden real posible, ya sea estimulando al deber y sosteniendo al mérito, ya sea anticipando sus fallos por los de la conciencia que es su oráculo y cuya autoridad se acrecienta con ella.

En una palabra, la duple nocion del deber y del mérito, sobre la que gira el órden social, implica necesariamente á Dios, la responsabilidad, la inmoralidad del alma y de los destinos futuros en razon del uso de la libertad humana en los tiempos presentes. «Si hay una alianza necesaria entre la virtud y la dicha» «dice M. Cousin, »interpretando á Platon (es decir, si se admite el princi»pio universal y absoluto del *deber* y del *mérito)*, el obs»táculo de este mundo esterior, relativo y contingente, »es un obstáculo vano ante el decreto de la razon pura, »decreto que debe realizarse, y el órden moral, es decir, »la reparacion de este desórden temporal, la vida futura é »infalible. Y siendo asi, la existencia de una Potestad su»perior á la fatalidad exterior, y capaz de operar el resta»blecimiento del órden, no es menos infalible; de suerte, »que la libertad, la inmoralidad del alma y Dios, son co»rolarios de la nocion del Bien supremo, corolarios cuyo »valor se funda en el de su principio. Tal es el princi»pio entero de la crítica de la razon pura práctica, añade »M. Cousin, el monumento mas sólido y mas atrevido que »el genio filosófico haya levantado á la virtud desintere»sada.»

Importa pues en estremo, reconocer bien estas dos cosas:

La primera, es que estas grandes verdades no son ya

solamente en el dia, como lo eran ayer, tesis de filosofía ó de religion, cuestiones de escuela ó de cátedra; pues han pasado á los hechos y han llegado á ser cuestiones de club, de taberna y de callejuela. Su negacion es lo que ensangrienta é incendia nuestras ciudades y lo que subleva á la última capa social.

La segunda cosa que hay que reconocer, es, que si estas verdades no han podido sostenerse en la esfera de la *razon pura, y si este monumento, el mas sólido y el mas atrevido del genio filosófico* ha temido la suerte que esos edificios de nubes fantásticamente agrupados y dibujados en un cielo borrascoso, el sistema entero y sobrenaturalmente fundado de la creencia cristiana es el único monumento sólido á que se debe correr á guarecerse y coaligarse contra la última y la mas terrible de todas las cuestiones: *la cuestion social.*

¿Pero es tiempo todavía?

En el tiempo en que se escribian libros y que eran leidos, escribí yo uno sobre esta formidable cuestion. Al volver hoy á leerlo, me he espantado yo mismo al ver hasta qué punto han venido los acontecimientos á justificar mis alarmas, y á sacar y traducir en golpes terribles, y en situacion desesperadora, las conclusiones que reclamaban aún entonces cierto aparato de raciocinios.

Lo menos que actualmente tributa esta situacion á las causas que me la hacian prever es el testimonio que estas le rendian entonces anticipadamente, sobre el que estoy dispensado de insistir.

Me limitaré pues á estas pocas palabras:

Si, como lo esplanaba entonces, y como acabo de

reducirlo á estas pocas palabras, el doble punto de apoyo del mundo social, el *deber y el mérito*, tienen su principio y su objeto en lo absoluto, en lo divino; y si Dios es la primera y la última palabra de las cosas sociales ¿en qué ha de venir á parar un pueblo, un mundo, que ha repudiado este doble punto de apoyo?

Si la sociedad es un tejido de deberes y de méritos, cuyo lazo de únion se halla en la fe sólida del deber aceptado y del mérito resuelto, confiado, y querido independientemente y fuera de este mundo, ¿qué puede ser una sociedad que, atrincherándose esclusivamente en lo que llama ella *su secularizacion*, es decir, en este mundo, rompe desde entonces con la eficaz obligacion del deber y la alta confianza del merito?

¿No es esto una sociedad que ha fenecido, como una nave sin áncora y sin brújula por una mar borrascosa.

Hé aquí una mar borrascosa.

Si efectivamente no quedara vestigio alguno de la nocion del deber y del mérito á esta sociedad ó mas bien á esta aglomeracion sino vinieran á agitarla, pretension ni aspiracion alguna, se concebiria que pudiera prolongarse todavía su existencia, ó mas bien su lenta descomposicion.

Pero no sucede asi con respecto á la sociedad humana, y sobre todo á la sociedad francesa. El hombre lleva sus grandes destinos por doquiera, tanto con respecto al mal como al bien, sin que dependa de él suprimirlos. Tiene el sentimiento arraigado del deber y del mérito, la aspiracion invencible á la patria y á la felicidad; y en su consecuencia, se forja armas de destruccion y de furor con lo que debia constituir elementos de pacificacion y de salvacion.

Asi, la sociedad moderna, que ha salido del deber y del derecho en la alta acepcion, la absoluta y divina que les pertenecen, no ha cesado desde entonces de pretenderlos y de revindicarlos. Solamente, ha vuelto á colocar lo movible del deber, y de los fines del mérito en lo relativo, lo condicional y lo humano, que superan infinitamente, y donde la prosecucion de su realizacion no puede menos de chocar con la desproporcion de las cosas. Sucede con esto, como respecto de una fuerza incalculable de inspiracion y de espansion que se quieran contener y dilatar en una capacidad limitada y sin salida. De aquí nuestro afan de competir, nuestras revoluciones, nuestras esplosiones sociales. Y lo que hay de estraño en esto es que, viéndose sobreexcitada nuestra exigencia en razon de la imposibilidad de satisfacerla, nos acusamos unos á otros de lo que es culpa de la situacion admitida por todos. Nos disimulamos esta situacion remitiéndonos la solucion del problema, cuyos términos trastornamos de esta suerte; colocando en los demás los deberes sin los derechos y en nosotros los derechos sin los deberes. Nos forjamos títulos unos contra otros de nuestros agravios respectivos, pero jamás de nuestros propios méritos. Nos armamos con nuestras faltas y como en tal estado, los agravios y las faltas no hacen mas que multiplicarse y agrandarse, la guerra á todo trance y hasta el esterminio es el resultado obligado del palenque en que se sostiene, mas aun, del círculo vicioso en que se prosigue.

En tiempo de la fé, el rico y el pobre, el grande y

el pequeño, los reyes y los pueblos tenian entre sí un gran correctivo de su natural antagonismo, que mitigaba los enconos y amortiguaba los choques, en esa fé cristiana que los reunia y reconciliaba en su foco comun, que equilibraba sus condiciones sociales por medio de condiciones evangélicas inversas de estas, que inspiraba á los afortunados la moderacion y la caridad; á los desgraciados la resignacion y la justicia, y que finalmente amontonaba tesoros de cólera ó de recompensa, cuyo peso se equilibraba sobre todas las cabezas, en rigurosa proporcion á las faltas y á los méritos, y que obraba poderosamente en contra del desórden que quedaba aquí bajo, haciéndole volver al órden eterno.

En el dia no hay ya nada de todo esto; ni fé que reuna y reconcilie, ni contrapeso á la desigualdad de las condiciones, ni comercio de moderacion y de resignacion, de caridad y de justicia; no hay ya temores ni esperanzas superiores á los bienes de este mundo; este mundo aislado, separado de su principio y de su fin, y no enlazándose ya por estos medios con sus diversos elementos; encerrado, rechazado, comprimido en sí mismo y sobre sí mismo, con todos sus fermentos de division y de colision, y obligado á crearse á sí propio su órden, su paz, su satisfaccion, su destino social, con las mismas aspiraciones rigurosas é ínfimas de justicia y de dicha que la religion satisfacia en otro tiempo.

La cuestion social debia surgir de tal estado, y resolverse por la guerra, puesto que no se resolvia ya por la fé,

Acontece sobre esto, á la verdad, que no bien desaparece esta fé en el hombre, le sobrevive, subsiste y

reclama imperiosamente; tal es el destino del hombre á la justicia y á la felicidad. Cueste lo que cueste, necesitan todos y cada uno, sobre este punto una satisfacion absoluta, aquí abajo y al instante mismo, en cuanto se ha suprimido la fé alla arriba y mucho mas aun. Es necesaria tanto más, cuanto que la desigual reparticion de la fortunas en este mundo no hallándose moderada por las virtudes que sólo puede inspirar la fé, y habiéndose hecho hasta inícua y odiosa por los vicios que han llegado á ser sus únicos árbitros, es su injusticia mucho mayor y la sed de felicidad que escita mas intemperante.

La sociedad es como una máquina de gran presion, cuya fé era el generador y al mismo tiempo la válvula por donde recibia las inspiraciones elevadas del deber, y por donde exhalaban tambien todas las aspiraciones de justicia.de que es ardiente foco el corazon del hombre. Háse cerrado la válvula atizando el fuego, y de aquí se han seguido las esplosiones.

Y debian seguirse mas y mas terribles por dos razones principales deducidas, la una del desarrollo de la cuestion social, y la otra de la debilitacion de la cuestion religiosa.

La Revolucion ha roto desde luego con los principios eternos del órden social y ha puesto en gérmen, y aun frecuentemente en aplicacion el principio de las revoluciones que han provenido de ella. Y desde entonces ha esclamado por boca de uno de sus adeptos: «Queremos la *igualdad real* ó la muerte. ¡Ay de aquel que »haga resistencia á un voto tan pronunciado! ¡La Revo»lucion francesa no es mas que la precursora de otra re-